

**Michelet, Jules (1798-1874).**

***El Insecto* (1858; trad. esp. 1875).**

LAS HORMIGAS.—SUS REBAÑOS Y SUS ESCLAVOS

CUANDO leí por primera vez en Huber la afirmación de un hecho extraño y prodigioso: que ciertas hormigas tienen esclavos, quedé asombrado—como ocurre a todo el mundo ante tan peregrina revelación—; pero aun más que asombro, me causó aquella revelación una profunda tristeza.

¡Cómo! De modo que dejo de ocuparme de la historia de los hombres para buscar la inocencia; que, por lo menos, espero encontrar entre los animales la justicia y la equidad de la naturaleza, la primitiva rectitud del plan de la creación; las busco en aquel pueblo que hasta entonces yo amaba y estimaba, raza laboriosa, sobria, imagen severa y conmovedora de las virtudes de la república... ¡y me encuentro entre ellos esa cosa sin nombre!

¡Qué satisfacción y qué triunfo para los partidarios de la esclavitud y para todos los amigos del mal! Un mancha negra ha aparecido sobre la candidez de la Naturaleza.

Arrojé lejos de mí el libro de Huber. Ningún

otro me pareció nunca más odioso. El primer Huber, el gran historiador de las abejas, contribuyó a aumentar la fe de los hombres; levantó nuestros corazones; pero el Huber de las hormigas destruyó el mío.

Sin embargo, valía la pena de tomar de nuevo el libro y estudiarlo más detenidamente. ¡Un insecto inmoral, maquiavélico y perverso! Eso merecía ser examinado.

Pero ante todo, distingamos. Era posible que una parte de esos pretendidos esclavos fueran en realidad ganados, otros insectos de los que obtuvieran alguna utilidad.

Basta ver a las hormigas, flacas, brillantes y barnizadas, para deducir que son los más adustos, los más resecos de todos los seres. Su singular acrimonia está comprobada por la química, que ha sabido extraer de sus cuerpos el corrosivo ácido fórmico. A veces, cuando se ven en peligro, lo lanzan como un veneno a sus enemigos. Ciertas especies lo emplean también para secar, ennegrecer y casi quemar los árboles en que establecen sus nidos. Una sustancia tan corrosiva para los demás, ¿no lo será también para ellas mismas? Casi me inclino a creerlo; y en ese caso, atribuiría a esa acritud la extrema avidez que muestran hacia la miel y otras sustancias que puedan dulcificarla. Someto esta hipótesis a los sabios.

Las hormigas de Méjico, en un clima privilegiado, tienen dos clases de obreras: las unas que se ocupan en buscar las provisiones, y las otras, inactivas y sedentarias, elaboran una especie de miel que sirve de alimento a todas.

Las hormigas de nuestros climas, incapaces de

hacer miel, satisfacen la necesidad que experimentan de tal producto lamiendo u ordeñando una especie de melaza que los pulgones, sin trabajo alguno, por el solo hecho de su organización, sacan de los jugos azucarados de toda clase de plantas. La transmisión de aquella miel a las hormigas se hace sin la menor violencia y como de mutuo acuerdo.

La provocan mediante una especie de cosquilleo o de suave tracción, como podemos hacer nosotros con una vaca. Los pulgones, que se hallan en los límites extremos de la vida animal, de una organización indecisa, vivíparos en verano y ovíparos en otoño, son unos modestísimos seres, muy inferiores a las hormigas en cuanto a inteligencia. La lente nos los muestra siempre encorvados, siempre en actitud de pacer, como reses; y, en realidad, son las vacas lecheras de las hormigas. Para poder aprovecharse de ellas en todo tiempo, las transportan con frecuencia a los hormigueros, donde conviven sin la menor dificultad. Las mismas hormigas cuidan los huevos de los pulgones, vigilan su apertura y alimentan a los individuos adultos con sus vegetales favoritos.

En los casos en que habría dificultades para estabularlos en el hormiguero, los encierran en el mismo sitio donde están, construyendo unos cilindros de tierra que envuelven a la vez al pulgón y la rama que le sirve de alimento. Son unos verdaderos rediles. Las hormigas van allí a horas determinadas a ordeñar sus ganados, y algunas veces llevan consigo a sus pequeños para distribuirles con más facilidad el alimento.

Obsérvese que los pulgones, transportados al hormiguero o cercados en el sitio donde están, gozan la inapreciable ventaja de contar desde aquel momento con la garantía y la defensa de la poderosa república. El *león de los pulgones*, como se denomina a cierto gusano, y otros animales feroces del mundo de los insectos, saldrían malparados de las maxilas y el ácido fórmico de las hormigas si se atrevieran a molestar a sus reses.

Hasta aquí no hay nada de reprochable en las hormigas: los pulgones son ganados, no esclavos. Hacen lo que nosotros: usan de un privilegio propio de los seres superiores, y usan de él con más dulzura aún y más consideraciones que los hombres.

Pero he aquí lo más delicado. Hay dos especies de hormigas, las unas bastante gruesas y nada distinguidas, que emplean como servidoras, ayas y cocineras a otras pequeñas hormigas que poseen mucho más arte y más inventiva que ellas.

Este hecho extraño, que parece ser suficiente para transformar todas nuestras ideas sobre la moralidad animal, fué observado y comprobado a principios del siglo XIX. Pedro Huber, el hijo del célebre observador de las abejas, se paseaba un día por los alrededores de Ginebra cuando vió una gran columna de hormigas rojizas en marcha y se le ocurrió seguirlas. Algunas, a los flancos, iban y venían apresuradamente, como para alinear la fila. Al cuarto de hora de marcha se detuvieron ante un nido de pequeñas hormigas negras, y se trabó un encarnizado combate entre ambos bandos.

Un grupo de las negras opuso resistencia, mientras la mayoría se salvaba escapándose por las puertas más alejadas del lugar del combate, llevándose a sus pequeñuelos. De estos pequeños era precisamente de lo que se trataba: lo que las negras temían con motivo era que las otras les raptasen los hijos.

No tardó Huber en ver a las asaltantes, que habían logrado penetrar en la plaza, salir cargadas con hijuelos de las negras. Algo así como un desembarco de negreros en las costas de Africa.

Las rojizas partieron cargadas con su botín vivo, y dejaron a la desdichada ciudad desolada por aquella pérdida; partieron hacia su nido, adonde las siguió el observador conmovido y casi sin atreverse a respirar. Cuál no sería su asombro cuando vió que a las puertas de la ciudad de las rojizas salía una cantidad de hormigas negras a recibir a las vencedoras y descargarlas de su botín, acogiendo con una visible alegría a aquellos hijos de su raza, que seguramente estaban destinados a perpetuarla en aquel país extranjero.

He aquí, pues, una ciudad mixta, donde viven en la mejor inteligencia hormigas rojizas, fuertes y guerreras, y hormiguillas negras. Pero estas últimas, ¿qué es lo que hacen? Huber no tardó en observar que ellas son las que lo hacen todo. Ellas son las constructoras, ellas crían a los hijos de las mayores y a los de su propia especie que raptan las rojizas; ellas administran la ciudad y sus víveres; ellas sirven y alimentan a las otras, que, como si fueran grandes críos, esperan indolentemente a que las esclavas les acer-

quen el alimento a la boca. Las rojizas no se ocupan en otra cosa que en la guerra, el robo y la trata de negros. Entretanto no hacen más que errar ociosas y calentarse al sol a la puerta de sus cuarteles.

Lo más curioso es ver cómo aquellos esclavos civilizados aman a sus bárbaros dueños, a aquellos robustos guerreros, cómo les cuidan los hijos y cómo realizan con alegría los trabajos propios de su servidumbre; es más, cómo llevan su servidumbre hasta el extremo de estimular a las señoras para que roben pequeños de su raza. Según eso, ¿no parece como si existiera un mutuo acuerdo en el orden de cosas establecido?

Es posible que la satisfacción, el orgullo de manejar a su arbitrio a las más fuertes, sea para las negras una especie de liberación interior, exquisita y soberana, que les compense de la falta de libertad material que sufren; y que su satisfacción por ello sea superior a todas las que hubieran podido experimentar en su patria, donde todas son iguales.

Huber hizo una prueba. Quiso saber lo que ocurriría si las rojizas se encontrasen sin servidoras, si ellas sabrían bastarse por sí mismas. Pensaba que el amor maternal, tan desarrollado entre las hormigas, pudiera ser bastante para regenerarlas.

Para ello encerró a varias con algunas ninfas en una caja cubierta con un vidrio. Instintivamente se pusieron a atender y a remover a su modo a las ninfas; pero, a pesar de su fuerza y su grosor, no tardaron en darse cuenta de que aquel trabajo era excesivamente pesado, y abandonaron en tierra a las ninfas. Ni de sí mismas

sabían ocuparse. Huber les había colocado un poco de miel en un rincón: no tenían más que acercarse y tomarla. Pero es tal la miserable degradación con que el uso de esclavos castiga a los señores, que no tocaron siquiera la miel: parecía como si no se dieran cuenta de nada; se habían hecho tan atrozmente ignorantes y tan indolentes, que no sabían ni alimentarse. Parte de ellas murieron en presencia de los alimentos.

Entonces Huber, para completar el experimento, introdujo en la caja una sola negra. La presencia de la esclava lo transformó todo y restableció allí dentro la vida y el orden. Se fué hacia la miel y alimentó a las gordas imbéciles que se morían de hambre; construyó un huequecillo en la tierra, una especie de incubadora, donde colocó a los pequeños, vigiló su eclosión y supo hacer prosperar a aquellos nuevos seres, que, laboriosos a su vez, no tardaron en ayudar a su aya. ¡Enorme poder del espíritu! Un solo individuo había vuelto a crear la ciudad.

El observador comprendió entonces que, con tal superioridad intelectual, la servidumbre debía ser, en realidad, bastante ligera para aquellos ilotas y que acaso serían ellos los que mandaran en sus señores. Un perseverante estudio le demostró que eso era lo que ocurría realmente. Las negras, en muchos puntos, hacen valer su autoridad moral de manera bien visible. Por ejemplo, no consienten a las rojas que salgan a hacer excursiones inútiles, y si lo intentan, las obligan a entrar de nuevo en el hormiguero. Ni siquiera tienen libertad para salir a excursiones guerreras si las pequeñas juzgan que el tiempo no es favorable, que amenaza tempestad, o que el día

está demasiado avanzado. Cuando una salida en busca de esclavos tiene mal éxito y regresan las rojas de vacío, las negras están a las puertas de la ciudad para impedirles entrar en ella y hacerlas volver al combate. Se las llega a ver atenzar a las cobardes por el cuello y obligarlas a ponerse en camino.

Tales son los hechos prodigiosos que vió el ilustre observador. Tan extraños le parecieron, que se resistía a creer lo que había visto con sus propios ojos y llamó a uno de los primeros naturalistas de Suiza, el Sr. Jurine, para proceder a un nuevo examen y decidir si se había equivocado. Este testigo, y todos los que observaron después los hechos, comprobaron la exactitud de sus observaciones.

¿Me atreveré a confesarlo? Después de testimonios tan serios, todavía conservaba yo alguna duda; pero quedé plenamente convencido cuando por mí mismo observé los fenómenos revelados por Huber.

Debemos procurar por lo menos comprender este conjunto de hechos que se nos antojan extraños y repulsivos. Tales circunstancias son exclusivas de varias especies de hormigas; son un incidente particular, un caso excepcional, pero entran de lleno en una ley general de la vida de estos insectos. Sus sociedades descansan sobre el principio de la división del trabajo y de la especialización de funciones entre los individuos que constituyen la sociedad. El hormiguero, en su estado normal, comprende, como es sabido, tres clases de individuos: primera, la gran masa, compuesta de vírgenes laboriosas que se dedican al cuidado de los hijos comunes de la república

y realizan todos los trabajos de la ciudad; segunda, las hembras fecundas, débiles, perezosas, torpes; y tercera, los pequeños machos, mezquinos, que nacen para morir.

La primera clase constituye, en realidad, el verdadero pueblo. Pues bien: en ese pueblo se encuentran dos grandes divisiones industriales, dos gremios, llamémosles así. El uno realiza todos aquellos trabajos que requieren fuerza: transporte de objetos pesados, busca lejana y peligrosa de víveres y, en caso necesario, la guerra. El otro, que permanece casi constantemente en el nido, recibe los materiales, realiza las faenas domésticas, todo lo que se refiere a la economía interior de la ciudad y, sobre todo, la obra capital de la república: la educación de los hijos.

Ambas corporaciones, tanto la de proveedoras y guerreras como la de ayas y amas de casa, son, en cada tribu, de diversa talla, pero idénticas en especie, color y organización.

La igualdad moral parece perfecta entre las guerreras de gran tamaño y las pequeñas trabajadoras. De existir alguna diferencia, podría decirse que la clase de las pequeñas es la esencial: ellas representan la vida, el genio y el alma de la ciudad. Si fuera necesario, ellas solas, sin el auxilio de las guerreras, podrían constituir la patria.

Pues bien: el Sr. Huber descubrió que hay dos especies de hormigas, las rojizas y las rojas, a las que les falta esa clase esencial, ese elemento fundamental de las sociedades de hormigas. Si la clase accesoria, la guerrera, faltase, sería menos sorprendente; pero en este caso, en realidad, lo que falta es el fundamento vital, la

razón de ser. Sorprende menos el recurso depravado mediante el cual logran subsistir las rojizas que la monstruosa laguna que las obliga a obrar de ese modo.

Hay en esto un misterio que no estamos en condiciones de explicar; pero que la historia general de la especie, de sus emigraciones y sus cambios, de poder reconstruirla, nos lo explicaría satisfactoriamente. Son sabidas las profundas modificaciones que los desplazamientos introducen tanto en la apariencia como en las costumbres de los animales. ¿Quién, por ejemplo, reconocería en los retorcidos y deformes perros falderos a los hermanos del perro de San Bernardo o del perro gigante de Persia que lucha con los leones y los vence?

El animal trasplantado puede convertirse en un monstruo.

Del mismo modo, las hormigas han podido tener sus revoluciones y sus evoluciones físicas y morales a medida que el globo, habitable en toda su extensión, ha favorecido sus emigraciones. En los dulces climas americanos varias especies han conservado la industria de hacer miel; las nuestras han olvidado este arte, y se ven obligadas a recurrir a los pulgones; de ahí un nuevo progreso: el arte de criar, guardar y estabular a ese ganado.

Unas especies han podido avanzar y otras retrasar. Así es como yo explicaría esa piratería de las rojizas. Es posible que sean clases desterradas, desmoralizadas, fragmentos de ciudades venidas a menos que han olvidado sus artes, y que no podrían subsistir sin recurrir a ese medio bárbaro y desesperado de buscar esclavos. Care-

cen ellas de la casta artesana y educadora, sin la cual todo pueblo perece. Reducidas a la vida militar, no podrían vivir si no buscasen esos preciosos auxiliares que son el alma de la ciudad. Y por eso van a raptar a las negras, las cuales las cuidan, es cierto, pero también las gobiernan.

¡Notable triunfo de la inteligencia! ¡Invencible poder del espíritu!



UN castigo del tirano es que, aunque quiera, no puede fácilmente dar libertad a su cautivo. Así, mientras mi ruiñón canta, observo que tolera fácilmente su cautividad; pero cuando pasa la época del canto, comparto su melancolía, y siempre se me presenta el mismo problema: ¿Cómo darle libertad? Ni sabe volar ni casi tiene alas. Si le diera suelta, moriría inmediatamente. Las libertades que se toma en París en una amplia estancia, y aquí, en Fontainebleau, en un pequeño jardín, son bien poca cosa en verdad. El casi no se aprovecha de ellas, y casi siempre permanece oculto en un grosellero, meditando y escuchando. Y lo que oye, los vivos cantos de las currucas, voces de amor y de maternidad, seguramente no hace sino redoblar su tristeza. Tanto es así, que de aquel modo, al aire libre, bajo el cielo, gozando de una relativa libertad, perdía el apetito y se negaba a comer. Entonces pensamos en volverle a su régimen natural y alimentarle con los insectos que en los

bosques comen los demás ruiñones. Otra dificultad. ¿Cómo no sentir algo de repugnancia hacia la faena de dedicarse a buscarle presas vivas y llevárselas para que las devorara? Preferíamos darle insectos por nacer: huevos de insectos, inertes ninfas dormidas. Tal tráfico existe en Fontainebleau, donde los faisanes, raza feudal, no se dignan comer otra cosa que huevos de hormigas.

Del bosque me llevaron un gran trozo de tierra entremezclada con tamarillas y con pequeños restos de árboles del Norte, agujas de abeto, o pequeñas hojas punzantes que parecen espinas.

En el centro, revueltos, los habitantes de todas las tallas y de todas las edades: huevos, larvas, ninfas, obreras pequeñísimas, hormigas grandes, que parecían pertenecer a la casta guerrera, y, por último, algunas hembras que acababan de vestir su traje de boda, las alas que lucen en aquel solo momento. Era, por tanto, un muestrario bastante completo de la ciudad: todo aquel pueblo pardusco estaba, además, marcado con un signo idéntico en todos los individuos: una mancha roja sobre el coselete. La clase y la profesión de aquellas hormigas estaba, además, bien caracterizada por lo que quedaba de su revuelto nido: eran hormigas carpinteras, de las que apuntalan los pisos superiores de su residencia con diminutos leños.

El gran cambio de situación que acababa de sufrir aquel pueblo no había sido bastante para abatirlos. Continuaban sus asuntos, sus ocupaciones, la principal de las cuales consistía en sustraer los huevecillos y las ninfas a la acción de

un sol demasiado fuerte. El movimiento general que había sufrido el hormiguero había sacado los huevecillos y las ninfas de los subterráneos y los había hecho caer encima. Las hormigas pequeñas se ocupaban activamente en reparar el mal; las grandes iban y venían, rondaban por aquellos contornos y hasta por las afueras de un gran tiesto donde había sido colocado aquel fragmento desmembrado de la ciudad. Marchaban resueltas y sin retroceder ante nada.

En sus excursiones por las afueras del tiesto encontraron en la arena a varias hormigas negras cenicientas que han tomado posesión de nuestro jardín, bajo el cual han construido vastas galerías. Estas no recurren a la ayuda de la madera para sus construcciones, sino a la albanilería; para amasar la tierra usan la saliva, y para secar y sanear los nidos, su ácido fórmico.

Lo que contribuye a hacerles grata la estancia en aquel lugar es que los rosales, los manzanos y los melocotoneros les ofrecen abundantes rebaños de pulgones, de donde extraen melaza para ellas y para sus pequeños.

El encuentro no fué muy amistoso. Aunque entre las hormigas carpinteras las había de talla muy reducida, diferían profundamente de las negras por sus altas patas y la mancha roja del coselete. Y las mayores fueron implacables. Tal vez se figuraron que las negrillas eran espías enviados para observar o para preparar alguna emboscada a la nueva colonia; lo cierto es que las carpinteras no dejaron ni a una de las otras con vida.

Aquella acción tuvo resultados terribles e incalculables. El tiesto estaba, por desgracia, colo-

cado cerca de un manzano cubierto de esos pulgones laníferos que constituyen la desolación de los jardineros y las delicias de las hormigas. Nuestras hormigas albañiles acababan de tomar posesión de aquel precioso rebaño azucarado y se habían instalado hasta en las mismas raíces del árbol para estar cerca de su gran explotación. A eso se debía el que bajo tierra hubiera un número incalculable de ellas.

El atentado se realizó a las once, y a las once y cuarto a lo más tardar, toda la población negra estaba informada de lo ocurrido, había subido de los subterráneos y salía por todas las puertas. La arena desaparecía bajo aquellas largas columnas oscuras; las avenidas del jardín estaban completamente negras. La furia que llevaban dentro y el calor, que caía de firme, las empujaban a pelear contra las otras gigantescas hormigas y a desafiar una muerte que nos parecía cierta, porque cada una de las carpinteras, por su estatura y su robustez, equivalía a ocho o diez de las otras. Al primer encuentro vimos cómo una de las grandes exterminaba a una pequeña de un solo golpe.

Las pequeñas tenían la ventaja del número; pero no me parecía suficiente para darles la victoria, porque si perecían las de la primera fila y después las de la segunda, cada avance no haría sino producirles nuevas víctimas. Eso nos hacía temer por las habitantes de nuestro jardín, cuya tranquilidad se había conturbado con la intrusión de aquellas forasteras que nosotros habíamos llevado, pueblo mal educado y brutal que, sin la menor provocación, había comenzado

por cometer varios asesinatos en los habitantes del país.

No habíamos comparado más que las fuerzas materiales; pero no habíamos tenido en cuenta las fuerzas morales.

Desde el primer choque advertimos una habilidad y una coordinación de movimientos entre las pequeñas que nos admiró. Cada hormiga de las grandes era atacada por un grupo de seis pequeñas; cuatro de éstas inmovilizaban las patas y las otras dos las antenas del enemigo, de manera que aquel gigante, con todos sus miembros agarrotados, quedaba convertido en un ser inútil, incapaz de defenderse; entonces venían otras pequeñas, que por arriba y por debajo se dedicaban a amañalar al monstruo sin el menor peligro para ellas.

La escena, vista de cerca, era espantosa. Por mucho interés que mereciese el heroísmo de las pequeñas, su crueldad horrorizaba. Era imposible no sentir piedad hacia aquellos pobres gigantes así sujetos por todas partes, miserablemente traídos y llevados de un lado para otro, navegando, como en un mar, entre aquellas negras oleadas henchidas de rabia y de encarnizamiento, ciegos, impotentes y sin poder resistir, como débiles corderos en un matadero.

Nuestro deseo hubiera sido separarlos; pero, ¿cómo conseguirlo? Estábamos ante un infinito: las fuerzas del hombre se rinden ante semejantes multitudes. Hubiéramos podido, en rigor, provocar un diluvio universal sobre los contendientes: darles un buen remojón; pero no hubiera bastado. Las pequeñas no hubieran soltado sus presas, y una vez terminado el chaparrón,

hubiera continuado la carnicería. El único remedio, pero atroz y peor que la enfermedad, hubiera sido, a fuerza de paja, quemar a los dos bandos, a vencedores y vencidos.

Lo que más nos sorprendió fué que, en realidad, agarradas, prisioneras, había pocas de las grandes. Si las que quedaban libres hubiesen reaccionado contra las asaltantes, hubieran hecho una espantosa carnicería entre ellas. Pero parecía como si no se dicesen cuenta de ello; corrían enloquecidas, y mientras más corrían, se metían en el peligro, en lo más espeso de las masas enemigas. No sólo estaban vencidas, sino que parecía como si se hubiesen vuelto locas. Mientras las pequeñas, que pisaban terreno conocido, que estaban en su casa, se mostraban tan firmes, las extranjeras, sin arraigo en el país, fragmento desesperado de una ciudad deshecha, no conocían la tierra adonde habían sido trasplantadas y todo les parecía hostil, que por todas partes tropezarían con emboscadas y en ninguna con un refugio: ¡triste estado de un pueblo cuya patria ha perecido y que ha perdido sus dioses!

Eran dignas de excusa las vencidas. Nosotros mismos experimentábamos casi terror al ver aquellas legiones de la muerte, aquel terrible ejército de negros esqueletillos, que habían tomado por asalto el tiesto y en aquel espacio estrecho, ahogado, ardiente, sin lugar siquiera para moverse todas, se pasaban las unas sobre las otras. A medida que la derrota de las grandes se hacía más patente, se despertaban en las negras espantosos apetitos. Pudimos apreciar el momento... Fué una resolución instantánea. En

su pantomima, muda, pero terriblemente elocuente, nos pareció comprender este grito: "¡Sus hijos están rollizos!"

Y el voraz ejército de las negras se lanzó unánime sobre las ninfas de las otras. Estas, como de una raza superior, eran bastante pesadas; además, las envolturas oblongas de redondeados contornos se dejaban asir con dificultad. Dos, tres, cuatro de las negrillas, reuniendo sus esfuerzos, conseguían difícilmente subir una sola ninfa por las paredes vidriadas del tiesto. Entonces, bruscamente, tomaron una cruel resolución: arrancar las túnicas de las ninfas y llevárselas a sus nidos desnudas, en carne viva. El llevar a cabo la cosa no era fácil, porque los pequeños se adhieren fuertemente a las túnicas y sus miembros están plegados entre sí; de modo que aquella monda violenta y precipitada no podía ser llevada a cabo sino arrancando los trozos rudamente, hiriendo, descuartizando. Y así, palpitantes y desgarradas, se llevaban a las crías.

Al comenzar aquel rapto de hijos pensábamos que estábamos presenciando sencillamente un robo de esclavos, cosa demasiado frecuente entre los hombres y entre las hormigas. Pero después comprendimos que se trataba de una cosa muy diferente. Al sacarlos cruelmente de aquella envoltura, que es para ellos condición indispensable de vida, se veía bien que de lo que menos se preocupaban los raptos era de que las víctimas vivieran. Era carne, alimento lo que buscaban, un bocado tierno para los pequeños que habían quedado en la ciudad: las crías rollizas entregadas vivas a la furia de las crías flacas.

Se ha visto, en poblaciones entregadas al sa-



queo de un enemigo enfurecido, llevarles la ira hasta profanar las sepulturas. Pero en este caso asistíamos a la exhumación de los vivos, de los aún no nacidos, al despojo de aquellas inocentes y vulnerables criaturas, pobres carnes sin epidermis, para quienes el contacto más ligero se traduce en dolor.

Aquella inmensa ejecución de adultos y crías fué tan precipitada, que a las tres de la tarde estaba todo terminado o casi terminado: la ciudad completamente despoblada y saqueada y sin esperanzas de resurrección.

Pensábamos que tal vez entre las ruinas de la ciudad se ocultaría aún alguna vencida y que tal vez los vencedores abandonarían el campo de batalla si transportáramos el nido desierto a otro lugar apartado, fuera del jardín. Y así se realizó.

Al día siguiente se les veía dispersos por todos los caminos que conducían al nido, al otro extremo del jardín. Pero el sino de los vencidos parecía completamente realizado. Su ciudad, muerta y muda, donde no se veían más que algunos cadáveres esparcidos por tierra, ramillas secas, viejas candelas de árboles nortños, y sus fúnebres agujas—de pinos y abetos antes verdes—, tan muertas como su ciudad.

Confieso que una venganza tan desproporcionada con la ofensa que fué su causa o su pretexto me indignó profundamente y que, cambiándome de partido, se habían enajenado mis simpatías aquellas bárbaras negrillas.

Hasta el punto de que a varias que vi paseándose aún implacables sobre las ruinas de la ciudad enemiga las hice saltar sin consideraciones sobre las almenas, quiero decir sobre los bordes

de la maceta. De nada servían todas las consideraciones que me hacía sobre la provocación de que habían sido objeto las negras; que habían sido más valientes que las otras, desafiando un peligro tal que en un principio las di por vencidas de antemano. Me decía también en su descargo que eran tribus salvajes, como los iroqueses y los hurones, aquellos vengativos héroes que antaño poblaban las selvas de Canadá y del Mississippi. Pero todas aquellas razones juntas, por buenas que fueran, no eran parte a calmarme. Pesaba mucho sobre mí la enormidad que había presenciado. Y llegó mi indignación hasta el punto de que si, cuando paseaba por el jardín, se encontraba casualmente una de ellas bajo mi pie, no lo retiraba.

El desolado tiesto vacío me atraía. Dos días después de la batalla, por la tarde, aun estaba yo allí, junto a él, pensativo y con la barbilla apoyada en la mano. Miraba a su fondo. De pronto, de aquella inmovilidad absoluta me pareció ver destacarse algo que daba signos de vida: era como si no hubiera muerto todo: de entre los despojos de la ciudad solitaria surgió una de las víctimas, que, por lo visto, había logrado salvarse de la matanza; se precipitó fuera de aquel campo de muerte y corrió; entre las maxilas sostenía una ninfa.

La noche se acercaba, y la fugitiva estaba en un país extraño, profundamente hostil, y que estaba sembrado de enemigos. Algunos raros agujeros, que cualquiera hubiera podido creer otros tantos refugios, eran precisamente las bocas del infierno de las négras. La infortunada fugitiva,

con el peso de aquella cría, que venía a aumentar el de su desventura, corría desolada, sin saber adónde dirigirse. La seguí con los ojos y con el corazón, pero se perdió en la oscuridad del crepúsculo.